DON PACÍFICO

ó

EL DÓMINE IRRESOLUTO,

ZARZUELA EN UN ACTO,

(IMITACION DE LA COMEDIA INGLESA TOM NODDY'S SECRET.)

POR

DON ANTONIO MARIA SEGOVIA,

MÚSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

MADRID.
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
Pez, 40, 2.°
1871.

DON PACÍFICO

ó

EL DÓMINE IRRESOLUTO.

DON PACÍFICO

Ó

EL DÓMINE IRRESOLUTO,

ZARZUELA EN UN ACTO,

(IMITACION DE LA COMEDIA INGLESA TOM NODDY'S SECRET.)

POR

DON ANTONIO MARIA SEGOVIA,

MÚSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

Estrenada con extraordiuario aplauso en el Teatro de la Zarzuela de Madrid el 14 de Octubre de 1871.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
VENTURA, jóven huérfana de 16 á 17 años..........................	SRTA. CORTÉS.
MARÍA, sobrina de D. Pacífico, de 18 á 20 años.—Carácter franco y de mucho desparpajo..............	SRTA. ALVAREZ.
DON CÁRLOS MENDEZ, coronel, 35 años.—Elegante, afable, pero de ademan resuelto y aire marcial...	SR. LASFUENTES.
DON PACÍFICO, dómine y maestro de escuela, 60 años.—Tímido, irresoluto, caviloso, pero lleno de bondad............................	SR. ESCRIU.
GRASILLA, pasante, vizcaino, de 22 á 24 años.—Barbilampiño, balbuciente, enamorado, celoso y valiente.........................	SR. MIRÓ.

La accion se supone en Manzanares de la Mancha.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala decentemente amueblada, pero de gusto antiguo y sin elegancia. Una mesita con recado de escribir.—Puertas al foro y á entrambos lados.—Ventana á la derecha, que se supone da vista al jardin.

ESCENA PRIMERA.

MARIQUITA, GRASILLA.

DUO.

GRAS. Cruel Ma-ma-mariquita,
¿por qué hacerme así penar?
MARIA. Yo no hago penar á nadie.
GRAS. Usted hace ra-rabiar.
Pasante en primeras letras,
lêr, escribir y contar;
de latin pa-pa-pasante;
pues con ta-tanto bregar,
más mi-mi pa-pasion loca
por usted me hace pasar.
Los muchachos me dan guerr....
MARIA. Y usted no me deja en paz.

ZORCICO.

GRAS. Mariquita, mi dulse manchega,
de amor viscaíno me muero por tí.
En tu arrope mi pecho se anega,
y tú menospresias mi fiel chacolí.
Ay de mí! Ay de mí!
Ay de mí, Mariquita, ay de mí!
Que despresias al más fino amante;
al pobre pasante,
y á su chacolí.

2.ª

En orillas de cántabros mares,
en hora menguada y en mártes nasí:
vine á amarte á este vil Mansanares,
y tú menospresias mansanas de allí.
Ay de mí! ay de mí!
Ay de mí, Mariquita, ay de mí!
Que despresias del pobre pasante
la sidra espumante
y el buen chacolí.

REPRESENTAN.

MARIA. Ya le he dicho á usted mil veces, Grasilla, que me deje en paz: no quiero casarme con nadie, y con usted ménos.

GRAS. Mariquita, usted no tiene buenas entrañas; ni buena gramática tampoco, porque si no se casa usted con *nadie*, ¿cómo puede usted casarse conmigo, *ménos*?

MARIA. No me aburra usted con sus pesadeces. (Se oye rumor de los muchachos de la escuela, y al dómine riñéndolos.)

PAC. (Dentro.) Silencio! sentarse!

MARIA. Oye usted? En la clase está usted haciendo falta.

GRAS. Pues no me voy sin que quedemos en algo: y si des-

pues de haberme dado esperanzas...

MARIA. Yo esperanzas!

GRAS. Usted, sí señora, usted; con sus ojeadas de soslayo, y sus sonrisitas, y con venir á cada instante: (*Remedándola*) «Grasilla, córteme usted esta plúma; y que no estén muy largos los puntos.»—«Grasilla, ajústeme usté esta cuenta.»—«Grasilla...»

MARIA. Y eso es dar esperanzas? (*Riéndose.*)

GRAS. Eso es dar... co-cordelejo, y abrasar á un hombre, y ponerle... inservible.

MARIA. Cómo inservible?

GRAS. Sí señora, incapaz de todo. ¿Cree usted que los muchachos no han echado ya de ver que estoy medio lelo, y que no me han perdido el respeto desde que les equivoqué las obras de misericordia?

MARIA. ¿Y yo qué...

GRAS. ¿Usted qué? Usted se marchó con su primo de brasero! Solitos, pues.

MARIA. (*Riéndose.*) Y á usted le entró la celotipia.

GRAS. Y de resultas escribí en el cartel: «Dar buen consejo al hambriento.»—«Enterrar al peregrino...» y qué sé yo cuántos más dislates. (*Ella se rie á carcajadas.*) Hacerme estropear así las obras de misericordia!

PAC. (*Dentro.*) Grasilla!

MARIA. Mi tio llama.

GRAS. Y yo... *no* voy, mientras la sobrina no me responda *sí* ó *no*.

MARIA. Hable usted á mi tio, y lo que él decida...

GRAS. Decidir? Él! ¿Pues ha decidido él jamás cosa ninguna? —Responderá lo que siempre: «Mañana hablaremos.» «Lo pensaré.»—Y á los dos minutos se le olvida. (*Vuelve á oirse el ruido de la escuela.*)

PAC. Silencio, niños, silencio!

MARIA. Pues, repito, que si mi tio no...

ESCENA II.

DICHOS y D. PACÍFICO.

PAC. (Ensimismado y sin reparar en los que están allí.) Me he de volver loco con tanta cosa en la cabeza. (Repara en María.) Ah! María, no te habia visto.

MARIA. Pero, tio, ¿por qué dice usted que se ha de volver loco? Siempre apurado, siempre...

PAC. Si tú supieras, Mariquita, la que le espera hoy á tu pobre tio!...—Y estos endiablados de chicos, para aumentar mi angustia, vienen á pedirme que no haya esta tarde clase!

GRAS. ¿Y á santo de qué?

PAC. (Sobresaltado.) Quién es?... Ah! es Grasilla; creí que habia ya venido el otro!

MARIA. Y quién es el otro, tio? } (Casi á un tiempo.)
GRAS. ¿Y por qué quieren asueto? }

PAC. Eso es! Bravo! Hacedme cada uno una pregunta diferente para aumentar mis confusiones. Primero... Ah! Los muchachos.—Pues habeis de saber que, segun ellos dicen, hoy es aniversario de... De qué han dicho? Válgame Dios!

GRAS. Pero en fin, ¿da usted el asueto ó no le da?

PAC. Hombre, ya veremos. Esto de los aniversarios políticos... ¿Cómo te parece á tí que lo tomarán el ministro y el director?—Digo, suponiendo que sean los del mes pasado, que yo ya no me acuerdo.

MARIA. Pero, tio, ¿qué tienen que ver...

PAC. Que si tienen?—Tú no comprendes todos los escollos, las sirtes de la política.

GRAS. ¿Pero da usted el asueto ó no?

PAC. Es menester pensarlo; no salga luégo su excelencia don... don...

MARIA. Don quién, tio?

PAC. Digo, el general don... Aludo al presidente del Consejo; no recuerdo su nombre; pero de lo que sí estoy

muy cierto es de que es un general.

GRAS. (Gracias á Dios que está cierto de alguna cosa.)

PAC. En fin, mañana veremos.

GRAS. (Mañana, para el asueto de hoy!)

PAC. Para que no se me olvide, voy á pasarme este anillo á la mano derecha... Calle! pues le he perdido!

MARIA. Pero, tio, ¿no es este? (Señalándosele en la mano derecha.)

PAC. Ah! Tienes razon. Pues hija, yo para algo me le habia trasladado; sin duda para recodarme de... en fin, de lo que ya no me acuerdo.

GRAS. (Pues si yo no me he de casar hasta que este hombre se acuerde de... de... de acordarse, estamos frescos; me llevarán con palma á la sepultura.)

PAC. No, mejor será echarle un nudo al pañuelo. No hay cosa tal como los nudos para los desmemoriados (Saca un pañuelo con tres ó cuatro nudos. María y Grasilla sueltan la carcajada.) Cielo santo! Qué es esto?—Ah! ya recuerdo!

MARIA. Al fin!

PAC. Sí: este de la punta donde está mi cifra le eché para...

GRAS. Para qué?

PAC. Para una cosa que se me habia olvidado: pero este otro, éste si sé que le eché para recordar que tenia que pensar en el primero... En fin, yo me embrollo... (Se oye vocear á los muchachos.) Qué es aquello?—Por Dios, vé á apaciguar aquel tumulto, que yo...

GRAS. To-todo lo paga el c... (Váse.)

ESCENA III.

D. PACÍFICO y MARÍA.

MARIA. Tio mio, nunca le he visto á usted tan angustiado como hoy!

PAC. Hoy! Como que hoy se decide mi suerte!

MARIA. Me estremezco toda: pues qué hay?

PAC. ¿No ha venido Venturita?

MARIA. No señor: ya sabe usted que la diligencia no suele llegar hasta eso de las doce.

PAC. Oh! Júpiter excelso! Si acertase á venir ántes que el otro.

MARIA. Pero qué otro?

PAC. El coronel don Cárlos Mendez; su padre adoptivo. ¿No sabes su historia?

MARIA. Veinte veces ha empezado usted á contármela, pero nunca...

PAC. Pues bien, haré hoy un esfuerzo para enterarte. (Pausa, y prosigue luégo con tono solemne y declamatorio.) Hace poco más de quince años que, estando en lo más encarnizado de nuestra guerra civil, se hallaba en este pueblo muy descuidada una division de tropas carlistas, cuando, de repente, se vió sorprendida y asaltada por algunas fuerzas de tropas liberales. Armóse dentro de la poblacion sangrienta refriega, que duró hasta muy entrada la noche. Marte indeciso, y la Fortuna varia, sucedió que, ya los unos, ya los otros, cedian terreno al enemigo, y de nuevo le recobraban. Súbitamente, y en medio del estruendo de la mosquetería, resuenan grandes aldabonazos á mi puerta. Salgo yo mismo á abrir, y veo que se precipita en el zaguan un gallardo mozo, con un grande envoltorio en los brazos.

MARIA. El coronel, sin duda?

PAC. Por Dios, sobrina, si me interrumpes, perderé el hilo, y...

MARIA. ¿Pues yo, qué he dicho?

PAC. Una friolera! El coronel: el coronel! Como entónces no lo era todavía, si me confundes así...—En fin, ese, que ahora es coronel, me obligó á tomar su envoltorio, y era...

MARIA. Dinero? alhajas de la iglesia?

PAC. Nada de eso: una criatura muy hermosa, rebujada en muy malos apatuscos, y toda ensangrentada.—«Me han informado, dijo el oficial aceleradamente, que

usted es un honrado maestro de escuela...»—«Y dómine examinado.» repuse yo.—«Bueno, pues tome usted este *niño* (Con énfasis.) tome usted este *niño*: eh?

MARIA. Si no digo nada, tio; no quiero interrumpirle á usted.

PAC. Pero ¿no te horripilas?—«Este *niño*, dijo; á quien he salvado, arrancándole de los brazos de su pobre madre, que yacia cadáver.»

MARIA. Qué horror!

PAC. Pues ya verás.—«Encárguese usted de *él;* eduque-*le*, hasta que se haga *hombre,* muy *hombre...*» eh?

MARIA. Ya, ya oigo.

PAC. Y entregándome un bolsillo lleno de oro, añadió: «Pronto recibirá usted más dinero, y yo haré que nada le falte.» Y dicho esto, desapareció.—Qué tal?

MARIA. Rasgo de humanidad muy loable.

PAC. Pero tú no caes en lo espinoso del caso: aquel que él llamaba *niño,* y que deseaba se hiciese *muy hombre*, era una niña, y hoy es muy mujer.

MARIA. Ventura?

PAC. La misma que viste y calza.

MARIA. ¿Y eso le apura á usted?

PAC. ¿Pues sabes tú la magnitud, la trascendencia... (Música.)

CANTA.

Si cuando Júpiter
por Ganimedes
á su fiel águila
volar mandó,
que al jóven príncipe
la garra echando,
hasta el Empíreo
le encaramó,
del sexo másculo,

notado hubiera
alguna súbita
transmutacion,
el triste pájaro
quedára muerto
de augusta cólera
con la explosion.
En sexos es terrible
cualquiera *quid-pro-quo.*
Mi hado fatal preveo;
mi triste fin llegó!

—

Si yo impertérrito
presento ahora,
doncella tímida
al coronel,
que en sus epístolas
siempre supuso
que el pobre huérfano
era un doncel,
¡celestes númenes!
sañudo y fiero,
al viejo dómine
maldecirá.
Él será Júpiter,
yo el aguilucho,
y al hondo Tártaro
me arrojará!
En sexos es terrible
cualquiera *quid-pro-quo.*
Mi hado fatal preveo;
mi triste fin llegó!

HABLADO.

MARIA. Pero, tio, en tantos años, ¿por qué no le ha aclarado usted...

PAC. Eso es! para que viéndose chasqueado, abandonase á la pobre criatura, y...

MARIA. Pero ¿no lo ha de saber al fin?

PAC. Ese es mi tormento: el pensar que al fin lo ha de saber; que lo ha de saber hoy mismo; porque hoy llega.

MARIA. Hoy? (Se oye grande algazara y gritería de muchachos gritando.) Viva! viva!

ESCENA IV.

DICHOS, y despues GRASILLA.

PAC. Ay, mi Dios! qué sucederá? Será él? ¿ó son ellos que... (Viendo entrar á Grasilla.) Grasilla, ¿qué sucede?

GRAS. Nada, que he despachado á esos mengues, diciéndoles que esta tarde no hay clase, ea!

PAC. ¿Qué has hecho, infeliz!—Y si luégo su excelencia el ministro...

MARIA. Pero, tio, ¿usted se figura que en Madrid va á haber ahora una crísis porque acá no tengamos esta tarde escuela?

PAC. Por menores causas las ha habido.

GRAS. Sea lo que quiera, ni usted ni yo estamos hoy para aguantar muchachos!

PAC. En cuanto á mí, tienes razon; pero tú, ¿qué motivo?...

GRAS. Yo?... Que se lo diga á usted Mariquita. (Váse.)

ESCENA V.

D. PACÍFICO, MARIQUITA, despues VENTURA.

PAC. Qué es esto? Otra peripecia! ¿Me vais á volver loco?

MARIA. (Que ha estado mirando por la ventana.) Tio, tio!... Aquí viene ya Ventura. (Váse corriendo.)

PAC. Que tal vez sea desventura para mí! Ya sea obra del acaso, ó ya decreto del hado inexorable... (Salen las dos abrazadas y besándose.)

VENT. Padre mio! (Abrazándole.)

PAC. Venturita!... hija...—Pero ¡qué digo! No, Ventura, no me llames padre.

VENT. ¿Y por qué no?—Yo no he conocido otro en el mundo.—Usted me ha criado á su sombra, y...

PAC. Pero no á mis expensas; y pudiera suceder que...

MARIA. Jesús! tio: siempre está usted con lo que pudiera suceder! Lo que por ahora sucede, es que tenemos aquí á Ventura, tan guapa, tan hermosa!...—Y qué alta estás!—No ve usted, tio, lo que ha crecido?

PAC. Sí, así parece; pero no me atrevo á asegurar...; porque la última vez que la medí, tenia cuatro piés y...—No: ahora recuerdo que la medida que envié á tu protector, iba por el sistema métrico-decimal, y resultaba un metro y cuarenta y siete kilómetros.

VENT. y MARIA. (Riéndose.) Kilómetros!

PAC. Quiero decir, un kilógramo y cuarenta y siete centímetros... No, no...

MARIA. Pero, tio!

PAC. Calla, niña, que me confundes más.

VENT. Y eso, ¿qué importa ahora?

PAC. Muchísimo; porque si caigo en contradiccion...—Ah! Otra dificultad: Venturita, ¿llevabas tú esos tacones tan altos cuando te medí el año pasado?

VENT. Creo que no.

PAC. Júpiter capitolino! De modo que si cuando hoy te vea tu protector...

VENT. Hoy! ¿Pues hoy ha de verme!

MARIA. Sí, querida: de un momento á otro llegará.

PAC. Al ménos, conforme al cálculo de las probabilidades.

VENT. Sí, si, no hay duda: yo sé que va á llegar.

PAC. Para vosotras nunca hay duda.

MARIA. Y para usted la hay siempre y en todo.

VENT. Yo explicaré mi afirmacion.—Han de saber ustedes que al salir la diligencia del bosque, donde hace aquel repecho, subíamos la cuesta á todo galope, con grande estrépito de campanillas, y entre las imprecaciones y

gritos de los mayorales...

PAC. Dos maldecidas costumbres: correr cuesta arriba, y proferir esas torpes y deshonestas interjecciones...

MARIA. Pero, tio, oigamos á Ventura.

VENT. Pues como iba diciendo, al llegar á lo alto, alcanzamos á un caballero muy apuesto y galan, que montaba un brioso caballo: pero éste, alborotado con aquel estruendo de voces, latigazos, campanillas y cascabeles, empezó á dar relinchos y corcovos, viniéndose á meter casi entre las ruedas. Yo saqué la cabeza por la ventanilla, y no pude contener un grito: el mayoral paró el coche por no atropellar al caminante...

PAC. Prudencia inusitada y hasta inverosímil!

VENT. Entónces el caballero se volvió á mirarme, sonriéndose, sin duda de verme tan asustada. El caballo, aprovechando aquel descuido del ginete, dió una huida, se encabritó, y le lanzó de la silla...

PAC. Jesús Nazareno! Y le mató?

VENT. Nada de eso: tocar al suelo, y volver á ponerse en pie, todo fué uno.

PAC. Á la manera de Anteo, cuando...

VENT. Volvió á cabalgar inmediatamente, y me hizo con la mano un gracioso saludo, quitándose despues el sombrero. Yo correspondí agitando el pañuelo, porque en aquel momento la diligencia se alejó á toda carrera.

MARIA. Pues, hija, es todo un lance de Calderon.

PAC. Pero no constituye una verdadera anagnórisis que te autorice á afirmar...

VENT. Es que en pocos momentos...

MARIA. Explícate, Ventura; habla francamente.

MUSICA.

VENT. (Cantando.) Miréle turbada,
ansiosa, anhelante;
él, una mirada
me echó penetrante,

y de su semblante
mudóse el color.
Un recuerdo grato
en mí excita al punto;
el de aquel retrato
que es vivo trasunto
de mi bienhechor.
Más ¿por qué mirándole
mi pecho se agita?
(Ap. á María.) (Tal vez, Mariquita,
se anuncia así amor.)

—

Mirando por juego
su fotografía,
un desasosiego
mi pecho sentía,
que no comprendía
mi simple candor.
Hoy que del traslado
encuentro el modelo,
siento acrecentado
de verle el anhelo
con más vivo ardor.
Mas ¿por qué esperándole
mi pecho se agita?
(Tal vez, Mariquita,
se anuncia así amor.)

HABLADO.

PAC. *Mehércule*! Eso equivale á decir que...

VENT. Que concertando mis conjeturas con lo que ustedes ahora me dicen, no me queda duda de que era él, y de que debe de llegar de un momento á otro.

PAC. De un momento á otro! ¿qué va á ser de mí?

VENT. Pues qué sucede?

MARIA. Nada.—Has de saber, Ventura, que cuando tu protec-

tor te halló desamparada en tu tierna infancia y te dejó al cuidado de mi tio, se fué en la inteligencia de que era un varon, un niño el que le habia entregado.

VENT. Ya lo sabia yo; pero tambien sabia que ántes de pasar á América don Cárlos, y de entrar yo en el colegio, tu difunta tia habia convencido á su esposo de que le escribiera, deshaciendo la equivocacion. De esto hace ya más de cinco años.

PAC. Así es la verdad: y le escribí.

VENT. Pues entónces...

PAC. Pero es el caso que todavía no he echado la carta en el correo.

LAS DOS. En cinco años!

PAC. Me explicaré.—Teniendo que dirigirla por la vía de Inglaterra, se me escabulló la apuntacion del nombre y señas del corresponsal. Pareció al fin; pero al otro correo se me olvidó enviar la carta. Al mes siguiente, ántes de remitirla, recordé que en un texto de Virgilio que traía yo muy á cuento para...

MARIA. (Con viveza.) Pero en fin, tio, ello es que la carta no fué?

PAC. ¿Cómo habia de ir? Si la abrí para comprobar la cita. Despues me ocurrió sustituir el texto del pagano Virgilio por uno de San Pablo *ad Efesios*...

MARIA. (Impaciente.) Y con esos adefesios la carta no fué?

PAC. Yo á lo ménos no la he puesto en el buzon...—Y otra circunstancia! El coronel me envió un regalo para tí; una caja (para mí á la de Pandora comparable...)

VENT. Y que contenía...

PAC. Un traje masculino y marcial.—Un precioso uniforme, arreglado á las medidas que yo envié.—*Item*, un juego de floretes para mortíferas enseñanzas.—Un cajoncito de rollos hechos con la yerba pestífera y ponzoñosa de Nicot.

LAS DOS. De qué?

PAC. *Vulgo*, de cigarros: tres pipas, unos espolines...

MARIA. Dinero perdido! (Váse á la ventana.)

PAC. Tan perdido como mi honra!...

MARIA. Mira, Venturita; es éste que viene aquí á caballo?

VENT. (Acudiendo.) El mismo.

MARIA. Pues dejemos que mi tio le reciba.

VENT. Sí, sí. (Vánse corriendo.)

ESCENA VI.

D. PACÍFICO y despues el CORONEL.

PAC. Niñas! Á dónde vais?... Dejarme así solo!...—¿Qué haré en tan apurado trance?—Sin preparacion, sin consejo...—Minerva me inspire.

CORONEL. (Dentro.) Ya, ya le encontraré.

PAC. Ya llega.

CORONEL. (Saliendo.) Aquí está: el mismo. Oh! Dómine insigne!

PAC. Señor Coronel!... (Se abrazan.)

CORONEL. Cómo va? Pero... tiembla usted?

PAC. Yo!... la emocion... acaso el frio...

CORONEL. Con esta temperatura! Conque vamos, ¿y el chico? Dónde está? Tráigamele usted volando..

PAC. Ya, ya trataremos de eso... En descansando usted un poco...

CORONEL. No estoy cansado: algo molido sí, porque un ligero accidente...

PAC. Accidente! Á ver, á ver, cuéntemelo usted despacio...

CORONEL. Tiempo habrá: me ha tirado el caballo.

PAC. Júpiter excelso!... Nada, nada; pues se le hará á usted la cama... paños de árnica... alguna bizma... Un par de sangrías...

CORONEL. (Riéndose.) Qué disparate! No es para tanto. Lo que ahora urge es que venga el muchacho.

PAC. Qué muchacho?—Ah! sí... ya, pero es que...

CORONEL. ¿Y cómo se llama el chico?—Con eso de no escribirme usted casi nunca, y ser sus cartas tan misteriosas!... Tenemos que reñir!

PAC. Reñir!—(Dioses del Olimpo! Pues bien empieza esto!)

CORONEL. Conque, cómo se llama?

PAC. Quién? Ah! sí: el... la. .

CORONEL. (Qué diablos tiene este viejo?)

PAC. La... criatura que usted me entregó... le puse «Ventura.»

CORONEL. No me descontenta: «*Don Ventura.*» Nombre de buen agüero.

PAC. No lo es para mí ese *don*... calificativo de...

CORONEL. Hola, hola! Ideas antinobiliarias. Pero dejemos eso: que venga pronto el chico.

PAC. Y nunca he sabido los pormenores... Usted encontró á la... á la criatura...

CORONEL. En medio de la calle; sobre el cadáver ensangrentado de su triste madre...

PAC. (Con mucha intencion.) ¿Y cómo supo usted que era su madre, y que la criatura era?... Porque, al fin, las cosas han de examinarse á fondo...

CORONEL. Para esos fondos estaba yo en aquel momento! —¿Quién sino una madre podria tener tan estrechamente abrazado aquel niño infeliz? Aunque, en rigor, no es imposible que fuera una nodriza.

PAC. Pues: así como que el que parecia *hijo*... estamos? *hijo*, fuese...

CORONEL. Meramente adoptivo, cierto.

PAC. (Todo le ocurre ménos la cuestion anatómico-fisiológica.)

CORONEL. Pero ahora lo es mio, y lo que quiero es verle.

PAC. Ya... ya trataremos de eso.

CORONEL. ¿Y por qué no al instante. (Inquieto.) Ocurre algo? Ha muerto el niño?

PAC. No, señor, no: la... criatura que usted me entregó está viva y sana; tal cual yo la recibí... sin otra variacion que la de haber crecido... haberse... desarrollado, con la precocidad propia de su sexo. (Adios! ya me resbalé!)

CORONEL. No, en cuanto á eso, no se conoce mucho: por las medidas que usted me envió no parece ser ningun Hércules. ¿Y está muy contento con su uniforme?

PAC. Yo le diré á usted: el uniforme... es muy bonito... per

se;... pero respecto al objeto á que se destina...

CORONEL. ¿Qué quiere decir eso? Que mi hijo adoptivo es cobarde, ó enteco, ó afeminado....

PAC. Afeminado... quiere decir, semejante á una mujer; nada más que *semejante*.—Grande impropiedad de lenguaje sería el aseverarlo; pero lo que es para... oficial...

CORONEL. Ya, ya verá usted: en cuanto vaya al regimiento, y se roce con los demas muchachos, dias y noches...

PAC. (Espantado.) Dias y noches... Ave María!

CORONEL. Estoy seguro de que pronto se hará todo un hombre.

PAC. (Pluguiese al cielo!)

CORONEL. (Se pasea por toda la estancia.) Pero en fin, sepamos dónde anda. (Mirando por la ventana.) Calle! ¿Quién es aquella señorita tan graciosa? Juraría que no es la primera vez...—¿Es de la familia?

PAC. (Asomándose.) Ah! aquella?... Ps! Como de la familia la consideramos.

CORONEL. Presénteme usted á ella.

PAC. (Cielos! Nueva complicacion!)

CORONEL. (Impaciente.) Y sobre todo, quiero ver á Venturita al instante. Ea! vaya usted.

PAC. (Acepto lo de irme, y... ya veremos: que venga ella, y se lo explique.)

ESCENA VII.

El CORONEL solo.

Qué viejo tan cansado! Pero al fin ha cumplido con un encargo delicadísimo.—Mas... ¿De dónde nace en mí este afecto paternal?—Yo, que ni aún me acuerdo del matrimonio.—Ah! Es que jóven, por no decir niño, quedé huérfano de aquellos padres que tanto amaba, que me inspiraron sentimientos de benevolencia y amor!—Oh, padre querido! Oh, madre mia!—Los tesoros de bondad que en mí derramasteis, yo los haré recaer sobre la cabeza de este infeliz huerfanito que los azares de la guerra arrojaron en mis brazos.

MUSICA.

EL CORONEL. (Cantando.)

¡Madre adorada mia!
Padre! que todavía
veo, entre sueños plácidos,
venirme á acariciar!
El paternal cariño
que yo gocé de niño,
con mi adoptado huérfano
procuraré imitar.
Y del horror de la guerra
que en sangre bañó esta tierra,
habrá brotado benéfica
accion de piedad y amor.

—

La maternal ternura
nunca logró Ventura,
ni de un padre solícito
el vigilante amor.
Yo supliré su falta,
si de esa region alta
me dan vuestros espíritus
su auxilio bienhechor.
Y del horror de la guerra, etc.

—

ESCENA VIII.

El CORONEL, D. PACÍFICO, VENTURA de uniforme.

PAC. (Mejor es que entres tú sola.)
VENT. (Me da miedo.) (Hablan ap. los dos.)
PAC. (¿Y cómo vas á salir del mal paso?)
VENT. (Preséntenme usted, y lo demas corre de mi cuenta.)
PAC. (Si no es más que eso...) (Se dirige al Coronel, que está distraido mirando por la ventana.) Señor Coronel!

CORONEL. (Volviéndose.) ¿Qué?... quién?

PAC. Aquí tiene usted á... Venturita.

CORONEL. Hijo de mi alma! ven á mis brazos... (Dándole con efusion un abrazo, que ella recibe resistiendo con rubor y timidez.)

VENT. Querido bienhechor!

CORONEL. Llámame tu padre.—¡Y qué bien te sienta el uniforme; aunque á la verdad yo esperaba ver un muchacho más vigoroso, más desenvuelto, si bien no tan bonito. (¿Á quién se parece este muchacho?)

VENT. Es decir, que se encuentra usted chasqueado.

CORONEL. No es tan de sentir el chasco. (Pero ¿por qué está como sobre ascuas este viejo?)

PAC. Yo... si usted permite... me voy...

CORONEL. Sí, sí, cuánto ántes.

PAC. Pues me marcho... (á encerrarme en la carbonera.)

CORONEL. ¿Te alegras de verme?

VENT. Más de lo que acertaría á explicar.

CORONEL. ¿Soy yo de tu gusto?

VENT. (Con rubor.) ¿De mi gusto?... Mucho!

CORONEL. ¿Has pensado en mí alguna vez?

VENT. Desde que envió usted su fotografía, á cada momento. (¡De qué no es capaz una mujer... con uniforme!)

CORONEL. ¿Y qué sentimientos te inspiraba mi retrato?

VENT. De amor... quiero decir, de gratitud; pero si algun dia nos separamos...

CORONEL. ¿Y por qué?

VENT. Usted al fin... se casará...

CORONEL. No es probable; y casi juraría...

VENT. (Con viveza graciosa.) No, no: no haga usted tal juramento.

CORONEL. Sea como quiera, mi vida entera se consagrará á hacer á mi hijo adoptivo todo un hombre.

VENT. Con qué, una hija no le hubiera sido á usted igual?

CORONEL. No hubiera sabido cómo educarla. (Cuánto más le miro... bien que lo mismo me ha sucedido ántes con la muchacha del jardin. Si se parecerá todo el mundo en esta tierra.)

VENT. (¡Qué pensativo está!)

CORONEL. Dime, Ventura: ¿quién es una jóven que poco há columbré en ese jardin!

VENT. Es... una prima mia.

CORONEL. Luego has descubierto tus parientes: cómo así?

VENT. Yo!... Es que... Don Pacífico se lo explicará á usted todo.

CORONEL. Es preciosa niña.

VENT. No es usted el primero que me lo dice.

CORONEL. Á tí te gusta?

VENT. Mucho.

CORONEL. Vaya, estás enamorado?

VENT. Tanto como eso! ..—Y luégo, que segun parece, la tal señorita es muy delicada de gustos.

CORONEL. Todo sería acertar con el flanco.

VENT. Vaya, pues pruebe usted: yo le desafío y hago una apuesta.

CORONEL. Ganas me daban de aceptar, porque la chica me gusta.—Pero dejémonos de ruido, pues que pronto hemos de marcharnos: en cuanto llegue mi asistente...

VENT. Pero... si yo no puedo irme con usted.

CORONEL. Cómo no!

VENT. (¿Qué le diré?) No sé; pero... en fin, francamente, tengo amores.

CORONEL. Con tu prima?

VENT. Qué disparate! (Riéndose.) Con... Mariquita, la sobrina de don Pacífico.

CORONEL. Tate, tate! Ese es el misterio que tenía tan confuso al pobre maestro.—Ya le diré yo lo que hace al caso. (Con doble intencion.)

VENT. Pero no nos separará usted; verdad?—Mi querida María!—Pero aquí viene... (Cómo la prevendré?)

ESCENA IX.

DICHOS y MARÍA.

MARIA. Señor de Mendez: su habitacion de usted está ya aderezada.

VENT. ¡Qué á tiempo llegas, querida! De tí estábamos hablando; y ya sé que no han de separarnos.— (Ap. á ella.) (Apoya cuanto yo dijere.)

MARIA. (¿Qué será ello!)—Con que lo has dicho todo?

VENT. Sí, y en todo consiente.

CORONEL. (Vaya un asunto!)

VENT. (Abrazándola.) ¿Quién no envidiará nuestra dicha? (Aparece Grasilla.)

ESCENA X.

DICHOS y GRASILLA.

GRAS. Eh?... Cómo! Un militar abrazando y besando á Mariquita! Y otro militar que los contempla!

MARIA. Ahora si que la arma el vizcaino.

CORONEL. Ventura, éste me huele á rival.

GRAS. No se esperaban ustedes mi venida, eh? Miren la doña Mariquita! Por... por eso no que... quería darme el... *sí* esta mañana, por este barbi-poniente.

CORONEL. (No me pesaría que éste los descompusiera.)

GRAS. Pues sepa usted, señor alferez, cadete, tambor, ó lo que usted sea, que yo estoy resuelto á disputarle esta señorita á usted y á todo el ejército, y al lucero del alba con casaca de dos colores. (Durante esta escena habla Grasilla mucho más balbuciente.)

CORONEL. (Ap. á Ventura.) (¿Y así permites que te insulte ese paisano? Respóndele gordo.)

GRAS. Mire usted el arrapiezo!

CORONEL. Señor mio, usted se conduce muy mal.

GRAS. Señor mio, usted se mete en lo que no le importa.

VENT. (Ap. al Coronel.) (No le haga usted caso, yo lo arreglaré.)

MARIA. Digo, señor Grasilla, me parece que yo no tengo que darle á usted cuenta de mis acciones. Ese es un atrevimiento que...

GRAS. ¡Atrevimiento, gran Dios! Y no es atrevimiento el que la abracen los militares!

CORONEL. (Ap. á Ventura.) (Anda, dile que un militar se almuerza dos fanegas de pasantes.) [1]

VENT. (Con ademan muy resuelto. Con rapidez.) Oiga usted; con diez fanegas de maestros de escuela no tiene un militar para un almuerzo.

CORONEL. (Id.) Bravo!

GRAS. (Id.) Guay de tí, cautiva criatura!

MARIA. (Id.) Repórtese usted, señor Grasilla.

GRAS. Y por qué?... Porque usted es tan falsa, y porque el soldadillo habla en falsete, eh?

CORONEL. (Ap. á Ventura.) (Pero, chico, métele el resuello para dentro.)

VENT. Oiga usted, mocito, ó se larga usted, ó le rompo la crisma.

GRAS. (Furioso.) Á mí! Salga usted, si es hombre.

CORONEL. (Interponiéndose, afectando gravedad.) Saldrá, sí señor, pero en toda regla.—Qué armas son las de usted?

GRAS. Armas? Todas! Espada, revolver, mortero, almirez, cañon, espingarda, corta-plumas;... lo que usted quiera.

CORONEL. Sitio y hora. (Muy rápido el diálogo.)

GRAS. En el corral, en la cuadra: desde el amanecer hasta que anochezca; y si usted quiere, con hachones de viento.

CORONEL. Pues mañana á las ocho, detrás de las tapias del jardin. (Con solemnidad cómica.)

GRAS. Pues en las tapias del jardin habrá á las ocho y cuarto enjundia de *gallina.* (Señalando á Ventura. Váse.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos GRASILLA, D. PACÍFICO.

PAC. Señor, señor, ¿qué alboroto es este?

---

1 El Coronel no se ha de manifestar sériamente irritado, sino como quien se divierte en enzarzar á dos muchachos que riñen.

CORONEL. Nada, un desafío.

PAC. Desafío!... ¿Y quién?...

CORONEL. Mi hijo adoptivo que...

PAC. Cómo! ¿la..., digo, Venturita?—(Pues señor, no hay más remedio que revelar el secreto.)

VENT. (Ap. á D. Pacífico.) No conviene que declare usted la verdad.) (Vánse las dos. D. Pacífico se queda embobado mirando á la puerta.)

ESCENA XII.

D. PACÍFICO, el CORONEL. [1]

CORONEL. (Dándole una palmada en el hombro, que le saca de su embelcso.) Con que, ya ve usted.

PAC. Pero ¿por qué ha sido ello?

CORONEL. Por su ceguera de usted.

PAC. Mi ceguera!

CORONEL. Vano disimulo: lo sé todo.

PAC. Me alegro muchísimo.

CORONEL. ¿Y aprueba usted estos amores?

PAC. Amores!

CORONEL. Pues qué! ¿ignora usted que mi hijo está loco de enamorado por su sobrina, y si no estamos ojo avizor, es capaz de cometer un rapto?

PAC. (Desventurado de mí! Nuevas complicaciones!)

CORONEL. Y de resultas de esos locos amoríos, Venturita se va á batir con el pasante.

PAC. ¿Pero es de veras?

CORONEL. Mañana mismo: y en cuanto quede usted *despasantizado*, me llevo de aquí á Ventura.—Vaya usted, don Pacífico, y envíemele hácia acá para darle una leccion de esgrima.

---

1 Tambien en esta escena habla el Coronel con afectada importancia, como divirtiéndose en asustar al dómine con lo que él considera cosa de juego.

Y, cuidado, que no se entere la primita de los ojos gachones.

PAC. (Primita! Nueva complicacion! El Coronel está loco.)

CORONEL. (Mirando por la ventana.) Pero allí veo que asoma la cabeza por una ventana. Corro al jardin, por si logro hablarle un momento. (Váse.)

ESCENA XIII.

D. PACÍFICO solo.

Horrible crísis se prepara!—Y este duelo!... Pero yo no me atrevo á decírselo... Le escribiré?—Excelente idea! Si se irrita, desgarrará la carta; pero si cara á cara se lo digo, pudiera... desgarrarme á mí. (Se pone á escribir.) Á ver lo que he puesto yo aquí. (Lee.) «Señor »don Cárlos Mendez: Muy respetable señor mio: »Para evitar una catástrofe, debo declarar á usted. »que el consabido *niño* era una *niña*!—Lo demás lo dirá »ella misma al entregar á usted esta carta.—Sentiré »que usted *sienta* el chasco: pero considere, como buen »cristiano, que los géneros principales son tres: mascu»lino, femenino y neutro, y que en cualquiera de ellos »puede servirse á Dios.—Á quien pido guarde la vida »de usted muchos años.—Su muy atento servidor.— »Pacífico Perplejo.» (Habla.) Ah! Parece que se me ha quitado una losa de encima.

ESCENA XIV.

D. PACÍFICO el CORONEL, despues VENTURA.

CORONEL. Usted aquí todavía!—Y Venturita? ¿No le dije á usted que me le enviase?

PAC. Cierto, pero... ¿no estaba en el jardin?

CORONEL. No señor: de allí vengo yo, de hablar con su prima y él no estaba:

PAC. (El pobrecillo, por lo que se ve, tiene la monomanía de las *primas*!) (Váse.)

CORONEL. Pero aquí viene.—Ventura, date prisa. (Sale Ventura.)

VENT. Le andaba buscando á usted.

CORONEL. Tengo muchas cosas que decirte: el viejo no insiste en que te cases con la sobrina: conque, luégo que despaches al pasante, nos vamos á Madrid.

VENT. Tanta prisa tiene usted?

CORONEL. Hemos de dar gracias al ministro por tu entrada en el ejército. Además, seamos francos: tú peligras al lado de María, y yo no estoy muy seguro mientras no me aleje de tu preciosa prima.

VENT. Esas tenemos?

CORONEL. Me ha flechado de veras.

VENT. (Bueno es saberlo.)—Pero... ¿tanto como estar enamorado?

CORONEL. Dí loco y dirás mejor. Es tan linda, como discreta y graciosa.

VENT. Pues entónces ¿á qué nos vamos? Declárese usted, y tal vez ella consentirá, digo yo.—Harian ustedes excelente pareja.

CORONEL. No, no: tu interés estriba en que yo no me case por ahora.

VENT. (Con viveza y malicia.) Pero siendo con mi prima, varía mucho la cuestion.

CORONEL. Bien, bien... dejemos eso... (Es mucho lo que me atormenta esta ilusion.)—¿Tú has manejado ya el florete?

VENT. Un poco. (En el colegio para hacer comedias.)

CORONEL. Pues ensayemos. (Trae los floretes, da uno á Ventura, y se ponen en actitud de tirar.) En guardia. No: esta pierna así. (Va á colocarle la pierna y ella se resiste con rubor.)

VENT. Ay! ay!... Nada.

CORONEL. (El mismo grito que oí en la diligencia!)

DUO.

(Recitado.)

CORONEL. (¡Qué insensata ilusion! En su apostura,
su delicado y femenil aspecto,
con mi incógnita extraña semejanza
me parece advertir.)

VENT. (¿Qué le suspende?)

CORONEL. Ántes de comenzar, Ventura, atiende.

—

CORONEL.
Una muchacha
linda y donosa,
fresca y lozana
como una rosa,
ví esta mañana
viniendo aquí.
Y al verte ahora,
de su belleza
la gracia mágica,
con extrañeza,
encuentro atónito
pintada en tí.
Díme, Ventura mio,
si acaso es desvarío
de fácil ilusion.

—

VENT.
Una rapaza
tal vez graciosa,
pero no afana
de ser hermosa,
de esta mañana
se alberga aquí.
Lazo nos une
de sangre afine:
natura próvida
quizá se incline

hácia una análoga
semblanza en mí.
Siendo así, padre mio,
tal vez no es desvarío
de insólita ilusion.

CORONEL. Aquí se alberga, dices? (Tomándole la mano.)

VENT. En esta propia casa.

CORONEL. Acasos hay felices. (Con vehemencia.)

VENT. (No sé lo que me pasa.) (Conmovida y turbada.)

CORONEL. Albricias pídeme, (Con entusiasmo.)
Ventura amado!
Llévame, llévame
pronto á su lado,
que estoy frenético
por su beldad.

VENT. (Ardor tan súbito (Con emocion.)
me da cuidado:
que es siempre efímero
lo improvisado.
Pero ¡qué lástima (Con mucho sentimiento.)
si no es verdad!

—

Veremos, sí, veremos, (Desasiéndose.)
más fuerza es aguardemos
propicia la ocasion.

CORONEL. Yo ansío que la hablemos:
ayúdame, y busquemos
de verla la ocasion.

HABLADO.

VENT. ¿Pero y nuestra leccion de florete?

CORONEL. Tienes razon.—Volvamos á ponernos en guardia.—Tiende más la hoja.—Así.—Cuando veas en esta posicion al adversario, libras la punta, y á fondo.—Húp! (Le tira una

estocada á fondo. Ella despues de su exclamacion, se hace atrás, arroja el florete, y cae desmayada sobre una silla.)

VENT. Ay! ay!... Mi mano!... sangre!

CORONEL. Niño, Ventura, vuelve en tí... Pero con estas manecillas, qué ha de hacer? Pobrecillo! Ventura! (Besándola en la frente; ella vuelve en sí sobresaltada.)

VENT. Ah!... Ya... ya estoy mejor.

CORONEL. Vamos, veo que no estás en disposicion de... yo arreglaré el batirme por tí.

VENT. Usted! No, no por Dios.

ESCENA XV.

DICHOS, MARÍA, y despues GRASILLA.

MARIA. (No está sola.)—Ventura! ¡Qué inmutada!

VENT. No... Un vahido...

CORONEL. (Pobre chico! Endeble y afeminado.)

MARIA. Y está herida en la mano! (Ap. á Ventura.) entrega al Coronel esta carta.)

VENT. (Dásela tú.)

CORONEL. (Ya andan en secreticos los amantes.)

VENT. (Yo voy á quitarme este disfraz.) (Váse.)

MARIA. (Se marchó... ¿Qué haré?) (Sale Grasilla.)

GRAS. Aquí María, y otra vez con el oficial!

MARIA. (Viene á propósito) Grasilla, entréguele usted esta carta al Coronel.

GRAS. Hola! Quiere usted hacerme su estafeta?

MARIA. Pero, bausan, ¿no ve usted el sobre de letra de mi tio? En fin, allá voy yo...

GRAS. (Deteniéndola.) No, no: yo se la daré.

MARIA. Cuidado! (Váse. El Coronel se asoma á la ventana del jardin.)

ESCENA XVI.

El CORONEL, GRASILLA.

GRAS. (Será añagaza? No, no hay duda en que la letra es del viejo.)—Señor Coronel?

CORONEL. Quién? (Separándose de la ventana.)

GRAS. Esta carta.

CORONEL. Venga.—(La abre y lee, mirando á Grasilla.) «El niño era niña!...» Ella al entregar esta carta...!» (Mirando con más asombro.)

GRAS. (Qué ojazos me echa!)

CORONEL. (Es posible! Una hembra!... Y qué hembra!) ¿Y por... *esto* me he estado yo desvelando tantos años!

GRAS. (Parece que está catando vinagre.)

CORONEL. Pero, infeliz muchacha; tú qué culpa tienes de serlo, ni de ser tan fea.

GRAS. Qué dice de muchacha?

CORONEL. Y luégo la habrán tenido siempre en ese traje tan... (Acercándose.) Vamos cuéntamelo todo.—¿Quién es ese otro jóven? de dónde ha salido?

GRAS. ¿Qué diablos me sé yo?

CORONEL. ¿Qué lenguaje es ese tan impropio de una doncella?—Vaya usted al instante á ponerse las faldas; tal vez me parecerá mejor.

GRAS. Faldas? Está loco!

CORONEL. Y si es tu amante, yo te casaré con él.

GRAS. Eso es ya insultarme, y yo tengo malas pulgas: está usted?

ESCENA XVII.

DICHOS y MARÍA.

MARIA. Pero, Grasilla ¿qué descompostura es esta?

GRAS. Ese militar, que me está escarneciendo y burlándose, desde que le dí la carta que usted no quiso entregarle.

CORONEL. Qué esta no quiso? Luego es ella?... Esto ya es otra cosa!... Hija mia, ven á mis brazos. (Abrazándola.)

MARIA. (Resistiéndose.) Pero qué es esto?

GRAS. (Interponiéndose.) Caballero! ¿Cómo se atreve usted?... Pues no parece sino que á todo el ejército le ha dado por abrazar á Mariquita!—Y ella se deja querer.

MARIA. ¿Qué insolencia es esa?

CORONEL. Hija mia, te prohibo que hables á este hombre.
GRAS. ¿Y quién es usted para?...

ESCENA XVIII.

DICHOS y D. PACÍFICO.

PAC. Esta casa es el averno.—¿Qué sucede?
GRAS. Los soldados empeñados en acariciarle á usted... la sobrina.
CORONEL. Si no es tal sobrina.
PAC. Que no es mi sobrina?... Ah! Señor Coronel, siento contradecir á usted, pero esta es indubitablemente mi sobrina.
CORONEL. (Á Grasilla.) Entónces, señor mio, me debe usted una explicacion.
GRAS. Lo dicho, dicho; detrás de las tapias del jardin, doy yo todas las explicaciones. (Váse.)
CORONEL. Pues explíqueme usted, maestro... ¿Es esta jóven á quien yo salvé la vida?
PAC. Á mi sobrina? Otro enredo!
MARIA. Ahora comprendo. Todo ha consistido en que yo fuí quien puse la carta en manos del Coronel.
PAC. Pues hija, has embrollado más el asunto. Yo que con dos palabras...
CORONEL. (Enojado.) Pues vengan esas dos palabras.
PAC. Señor, mi ánimo fué que entregase la carta... otra persona.
CORONEL. Qué persona? Dómine de Satanás! (Abalanzándose á él.)
PAC. Por piedad...
CORONEL. ¿Quién es la persona...

ESCENA XIX.

DICHOS y VENTURA, en su propio traje.

VENT. Yo.
CORONEL. Usted! Oh! Por Dios, no engañarme!
PAC. (Si no viene me estrangula.)

VENT. Perdon, pero no es culpa mia. Largo tiempo hace que debió usted saber que yo soy...

CORONEL. Mi hija adoptiva?

VENT. En efecto, el niño era niña! Y aunque usted no sabría cómo educarla...

CORONEL. Mis propias palabras! ¿Quién las ha repetido?

VENT. (Mostrando la mano.) Esta mano herida por la de usted.

CORONEL. Ventura!

VENT. Me llamo Ventura, pero temiendo desagradar...

CORONEL. Hallaste el camino de agradarme por varios modos. Si tú consientes en ser más que mi hija adoptiva...

PAC. La proteccion paternal podria transformarse en marital, conyugal...

VENT. (Abrazando á D. Pacífico.) Basta, querido padre mio, yo acepto cualquiera de esos títulos.

CORONEL. Oh, Ventura! (Tomándole la mano.) Y á ver si sale usted de inquietudes, amigo don Pacífico.

PAC. Todavía me falta apaciguar á Grasilla... Ya pensaremos algun arbitrio. (Óyese dentro grande estrépito de instrumentos discordes, almireces, sartenes y voces tumultuosas de muchachos, y á Grasilla riñendo.)

GRAS. (Dentro.) Los diablos os lleven, maldecidos.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

UNOS. (Al ver salir á Grasilla dicen:) Qué sucede?

OTROS. Qué es eso, Grasilla?

GRAS. Esos mengues, que están alborotados con el asueto y dicen que vienen á darme serenata. (D. Pacífico se va por un momento y vuelve.—Cesa el estruendo.)

CORONEL. (Á D. Pacífico al entrar.) ¿Qué es eso, dómine? Tenemos pronunciamiento?

PAC. Usted lo ha dicho, señor Coronel; esa es la palabra propia. Pero... (Con gran solemnidsd.) juro á usted... (Volviéndose de repente y adelantándose á hablar con el público.) Y á ustedes todos. señores y señoras, juro por la laguna

Estigia, que este es el primer pronunciamiento que en mi clase ha habido.—Tengo que dar parte á su excelencia... Y para que no se me olvide... (Saca el pañuelo.) Calle... Pues ¿y este otro? Aaah! (Muy alborozado.) ahora sí que me acuerdo...

MUSICA.—CONCERTANTE FINAL.

PAC. Perfectamente recuerdo
el objeto de este nudo.
TODOS. (Alternativamente.) Mucho lo dudo,
mucho lo dudo.

—

PAC. Para suplicar á ustedes
que al desmemoriado viejo
don Pacífico Perplejo
se dignen favorecer.
Y si premio tal me otorgan,
vea yo, para consuelo,
que hacen nudos al pañuelo
y se acuerdan de volver.
(Todos repiten estos cuatro últimos versos.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez.
Alcoy.	J. Martí.
Alicante.	J. Gossart.
Almería.	Alvarez Hermanos.
Avila.	S. Lopez.
Badajoz.	F. Coronado.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Canarias.	F María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Cartagena.	J. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	N. Ceb llos.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	M. Ballespí.
Logroño.	P. Brieba.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Orense.	J. Ramon Perez.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Puerto de Sta. María.	J. A. Rafoso.
Puerto-Rico.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Reus.	J. Prius.
Salamanca.	R. Huebra.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
Santander.	Miguel Ruano.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz
Vitoria.	J. Oquendo.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.